

-Textos para el libro Los Sofistas (Ril Editores 2015)-



## **SÓLIDO, LÍQUIDO Y GASEOSO**

Tres estados de la obra de Jorge Quien

### **Sólido**

Mientras escribo estas palabras la cadena Univisión acaba de cancelar el programa Sábado Gigante, dejando a Don Francisco fuera de las pantallas tras 53 años; el modisto Tom Ford, padre ya de un hijo de tres años, prepara una nueva película, y en Chile estallan volcanes y escándalos de corrupción, desaparecen pueblos y nuestra confianza en el gobierno yace bajo el lodo y el peso de la indolencia de los gobernantes.

Sin embargo, a pesar de vivir en el lejano y futurístico año 2015, aún no se inventan androides capaces de hacerse preguntas existenciales ni corbatas capaces de detener terroristas. Tampoco el mundo pareciera que fuera estallar bajo la amenaza de una gran operación mediático artística, aunque a veces casi, casi.

Pero no hay que cantar victoria. Desde que en 2010 Jorge Quien comenzó a realizar las entregas de esta obra, la nublada atmósfera de nuestros días se ha visto encendida por el verbo quemante de una dupla que ha decidido tomar el mundo por asalto.

Durante todo este tiempo el asteroide llamado Los Sofistas se ha venido acercando a la Tierra con aterradora y constante velocidad. De hecho, al momento de leer estas páginas ya habrá hecho contacto, iniciando una serie de fenómenos que cambiarán nuestra idea sobre lo que es narrativa gráfica, quemando el aire con sus dibujos hechos de una materia oscura y densa.

Su impacto aun es difícil de medir, no solo por lo compacto de su estructura ni por lo profundo que logrará penetrar en la mente de sus lectores, sino también por la energía que irradia y su tremenda onda de alcance.

Los Sofistas se quedará por mucho tiempo incrustado como una piedra rara en medio del poco accidentado territorio de la gráfica latinoamericana. Una roca que es un testimonio de un planeta en plena expansión y que oculta en su interior una amalgama escasa en nuestro medio: un combinación de cine, cultura popular, filosofía, ciencia ficción y poesía.

## **Líquido**

La historia se mueve entre mentiras verdaderas y verdades ficcionadas. Porque pese a lo que se pueda creer en una primera lectura, el autor habla menos de un mundo apocalíptico irreal que de nuestro propio mundo (¿apocalíptico?) real. Pero lo hace mitad en serio, mitad en broma, alternando la ironía y la autoparodia con un verbo que fluye en cascada, que se transforma en ríos, que zigzaguea entre meandros, que se evapora y vuelve a caer como persistente lluvia sobre nosotros, sus lectores.

Así, tal como el agua, Los Sofistas es una historieta que se escapa entre las manos, brillante y refrescante. Que se niega a tomar una forma definida y que aunque se intente capturar, tarde o temprano, termina saltando el dique de las clasificaciones e ideas preconcebidas. Pero eso no quiere decir que siempre corra clara y pura, a momentos su profundidad la hace oscura y aparentemente inmóvil, aunque por debajo sigan moviéndose corrientes que arrastran sedimentos por largos años acumulados en el interior de su progenitor.

Hay otro conflicto que inflama las páginas de la obra. Se trata de una encarnizada lucha entre la imagen y la palabra, dos bandos opuestos que se pelean a muerte cada centímetro de la hoja. A momentos parece que una toma la delantera y se apropia de un folio completo, pero al instante la otra recupera el terreno y planta su bandera. También hay tiempos de tregua en que la paz hace florecer la convivencia y texto e imagen se entrelazan en armonía, reconociendo una en la otra un origen común: la grafía multiforme de Jorge Quien.

## **Gaseoso**

La palabra gas fue inventada en el siglo XVII a partir del latín chaos. La palabra de Quien también proviene del caos y se expande llenando de señales sutiles la atmósfera. Porque la lectura de *Los Sofistas* no se termina al cerrar sus páginas. De ellas se desprenden vapores que envuelven al lector, nubes de alegorías y micropartículas en suspensión que solo el tiempo puede decantar.

Cuando han pasado algunos días la neblina comienza a disiparse. Todo cobra sentido. Las intuiciones que dejó plantadas el autor se transforman en certezas. Las piezas encajan. Creemos entender el significado de la historia, haber al fin decodificado las señales de humo que se desgajan de este libro inasible. Pero no. Es un espejismo. Todo se desvanece nuevamente en el aire, porque *Los Sofistas* no se deja aprehender y cuando suponemos que se trata de esto se vuelve aquello o esto otro.

Ante eso hay poco que hacer. *Los Sofistas*, como toda la obra de Jorge Quien, es un juego, un juego en serio, que propone sus propias reglas y que se disfruta en la medida que nos entregamos al goce de explorar lentamente su etérea y cambiante estructura.

Aspira, expira, lee. Respira ahora con normalidad: ahora tú también has llegado al Planeta Quien.

Claudio Aguilera  
Santiago, 2015

## **LAS ARMAS DEL PRESENTE**

*Tal es mi poesía: poesía-herramienta  
a la vez que latido de lo unánime y ciego.  
Tal es, arma cargada de futuro expansivo  
con que te apunto al pecho.*

Gabriel Celaya, "La poesía es un  
arma cargada de futuro"

Alguien, leyendo *Los Sofistas*, podría decir: "A lo que ha llegado la historieta". Me lo imagino así, sin signos de exclamación indignada ni tono de resignación, sino como verificación y señalamiento de que algo ha cambiado, y para bien. No tengo dudas que hasta no hace mucho, *Los Sofistas* hubiera sido

impublicable para una editorial, o si se prefiere, por fuera del circuito del fanzine –y de hecho, algo sobre la autoedición Jorge conoce–. El hecho de que esto sea hoy un libro ya habla de un estado de la cuestión que es, al menos, interesante.

Oscar Masotta decía que, a la hora de determinar el valor de una historieta, había que tener en cuenta cómo esa historieta se revelaba a sí misma como lenguaje –y por extensión, desnudaba ese lenguaje en general, tan a menudo sublimado en sus géneros–. El camino que ha seguido la historieta desde entonces –es decir, la década de 1960– ha sido el de la desmaterialización de los géneros por otras maneras de contar, aquellas menos atadas a la tradición historietista que sin embargo han renovado y reinventado la historieta.

Existe también otra posibilidad que personalmente disfruto y agradezco, y es la de no renunciar al género, pero tampoco renunciar a esa posibilidad de auto-revelación. ¿Acaso no lee uno, entre otras cosas, para transformarse? Tal vez no en ese sentido directo, tan consciente, pero creo que todo lector anda en busca de algo. Y muchas veces es inesperadamente que nos encuentra el cambio, la mutación, cuando creíamos estar en el placentero terreno de lo conocido. Reconozco que al comenzar a leer *Los Sofistas*, no entendía muy bien qué pasaba ahí. Al mismo tiempo, había algo en la construcción de esas frases kilométricas que podía ser decodificado como ironía, como burla, pero también como mensaje: el aviso de una revolución por venir.

Jorge pone en primer plano la ciencia ficción concebida como “iconografía del espacio interior”. Y es muy justo y acertado, porque ese género narrativo mutó y sirvió de vehículo para esas transformaciones del lenguaje que se reclamaban y se advertían al mismo tiempo. La ciencia ficción comenzó a ser, más que nunca, un recuerdo del presente porvenir. Yo profanaría esa frase de Celaya y diría que, en el caso de *Los Sofistas*, la historieta es un arma cargada de presente.

¿Y qué presente es éste? Bien, no hay dudas que es una especie de *ciencia-ficción situacionista*, porque plantea aquella Sociedad del Espectáculo de Guy Debord como plataforma de la realidad mundial concretada. En la obra de Debord el presente del nuevo (bio)capitalismo perdía su inmaterialidad al ser señalado como tal, como quien pasa a existir luego de ser descubierto jugando a las escondidas a plena vista. Debord develaba el presente del capitalismo global en construcción; Jorge Quien redobla la apuesta y nos propone el estallido de lo ya construido, de lo impuesto. Una sinfonía en dos movimientos, a través del tiempo y el espacio.

En sus manos la historieta condensa todo aquello que es herramienta, y de herramienta pasa a convertirse en arma: la poesía, la literatura (desde Kurt Vonnegut y J. G. Ballard hasta Thomas de Quincey); el arte (Christo, Beuys); la cultura pop (Jean-Claude van Damme y Don Corleone, versión del siniestro Don Francisco); y por supuesto, la historieta (la luz siempre aparece como estallido

filoso y puntiagudo, como los destellos que dibuja José Muñoz). Jorge no sólo nos muestra el arma, sino que nos la ofrece.

Juego de espejos: *Los Sofistas* apareció originalmente publicada por episodios en el sitio *Artishock*, una revista digital de arte contemporáneo –signo de los tiempos–. El autor se ríe de la institución arte, al plantear la pregunta: Si una obra de arte fuera verdaderamente una operación revolucionaria encubierta, ¿se darían cuenta las instituciones artísticas? Y responde: No. O más bien, *BOOM!* *Los Sofistas* podrán morir, la bomba se quedará sin conductores pero no sin dirección. Jorge dibuja los hongos de la explosión como árboles, la destrucción también da nueva vida a las formas.

¿Y qué queda después del estallido? Bien, eso ya nos incumbe a todos nosotros. *Los Sofistas* cambian la utopía capitalista por la distopía, su otra cara, y cierran el ciclo. Un principio de respuesta está en esas formas unicelulares, la vida en el nivel más básico, que juegan a convertirse en otra cosa, infectan las líneas de comunicación del imperio, le dan vida a ese maravilloso Golem recuperado del expresionismo alemán. Vemos el lenguaje darse forma a sí mismo, en la búsqueda de los excelentes dibujos, pero también en nuestras miradas que combaten por el sentido que esa voz omnisciente pretende quitarnos para calmarnos la consciencia. Es esa misma voz que, derrotada, admite: “La razón ya no sirve. Tenemos que apelar a otro tipo de lenguaje, una belleza nueva...”. *Los Sofistas* es esa propuesta, ese plan de operaciones que no niega ni clausura la historia sino que insiste en hacerla permanecer en el estallido.

¡BOOM!

Pablo Turnes, Buenos Aires 2015

## **UNA ATENTA ENTREVISTA (23/05/2014)**

Por Johanna Muñoz Falconí para el blog Laboratorio de Ideas (Ecuador)

- 1. El Pentagrama de Superficie, la Rasgadura Subliminal, son figuras literarias que ayudan a repensar elementos cotidianos. Dotar de nuevos nombres a estos elementos te hace, como lector, estar más atento al desarrollo de cada entrega. ¿De dónde nace la idea de ese manejo lingüístico tan particular?, ¿las figuras literarias son el soporte e hilo conductor de la historieta?**

El Pentagrama de Superficie y la Rasgadura Subliminal se mostrarían muy agradecidos de su pregunta. Cuando empecé *Los Sofistas* no tenía mucha idea de a dónde quería llegar. Lo que sí sentía era la necesidad de llevar el lenguaje, el habla de los personajes, al límite. No tanto de su sentido o significado, sino de su

sonoridad e incluso de su materialidad. Tanto así que el diálogo de Los Sofistas genera efectivamente formas concretas de lenguaje, formas que flotan en el aire, y que incluso en un momento forjan una criatura viviente. Entonces me concentré en la estética del texto. Es decir, en su textura. Así fue cómo los personajes empezaron a hablar como descocidos. El habla de Los Sofistas le debe mucho al Teatro del Absurdo. Textos como el Cepillo de Dientes, del dramaturgo chileno Jorge Díaz, o La Cantante Calva de Ionesco me quedaron dando vueltas desde la escuela. Beckett también está presente, aunque a él llegué mucho después. Cuando era chico tendía a repetir mi propio discurso. Me quedaban dando vueltas algunas frases y palabras. Internamente, quiero decir. No sé porqué lo hacía, era como despojarlas de sabor y sentido, acabarlas. En Los Sofistas se verifica ese mismo ejercicio con otra intensidad. Porque ese lenguaje, conduce finalmente a espacios de silencio. Sí, el silencio y el espacio -el blanco y el negro diríamos aquí- es lo que permite que todo lo demás sea.

- 2. El rol del narrador es fundamental, tiene el poder de incidir en la historia e interactuar con los personajes, convirtiéndose él mismo en un protagonista. Es el representante de los sistemas de opresión. ¿Pasa de un papel casi omnisciente al de villano?**

El Supervisor Esférico se mostraría muy agradecido del fundamentalismo que le adjudica. Se trata de una especie de consciencia que juega distintos papeles a lo largo de la historia. Un sabelotodo que está en todas partes, dentro y fuera del relato. Por un lado hace de link con el lector, a quién interpela regularmente en su condición de "sobreviviente". Y por otro, es parte constitutiva del drama. Es, en realidad, la columna vertebral de la historia. Él sabe cómo fueron las cosas y sabe perfectamente lo que le espera. Arrancó como un simple funcionario (un tornillo) y terminó como pura consciencia flotante, demostrando cierta evolución. También es por momentos mi propia voz -la de muchos- que en medio de la locura del mundo nos preguntamos quiénes somos y qué hacer. De tal manera que es real y ficticio al mismo tiempo. Y eso, diría, es una característica de mi trabajo en general. En Los Sofistas hay muchos personajes que provienen de la realidad y que han sido exagerados en el ámbito de la ficción. Todo en Los Sofistas es de una gran exageración, incluido el tiempo que me tomé para dibujarla (2010-2015), pero una exageración de base real.

- 3. Impacta la dualidad de la historieta, critica al mismo tiempo los puntos débiles de la cultura y la contracultura. ¿Se ha tenido que deconstruir un universo para tocar esos puntos de manera implacable e impecable?**

Los Sofistas se mostrarían muy agradecidos de esos adjetivos. He tenido, sí, que deconstruir mi propio universo, deconstruirlo y desmitificarlo. Un ejercicio nada fácil. En efecto, no ha sido fácil parodiar a artistas como Joseph Beuys, o ir en contra -valga la redundancia- del concepto de Contracultura promovido en nuestros países por gente como Miguel Grimberg o el poeta Enrique Lihn. Más allá del respeto y la admiración que les tengo, se han mostrado particularmente contingentes y se vieron involucrados en mi trabajo. Es que yo trabajo así, incorporando elementos y referencias que me asaltan durante el proceso. Por ejemplo, actualmente se exhibe en la Fundación PROA de Buenos Aires una exposición de Beuys en la participé como montajista. En cuanto a Lihn, acaba de salir Nada se Pierde con Vivir, un libro donde ilustré los tres monólogos del poeta, una de las mejores cosas que he hecho. Respecto a Grimberg -director de la mítica revista Mutantia-, asisto regularmente a sus encuentros de meditación. Entonces en Los Sofistas me propuse de alguna manera ir en contra de mi mismo, ver hasta dónde podía llegar incendiando mi propia biblioteca. Afortunadamente el proyecto se convertirá en libro el próximo año. Entonces podré quemarlo y ver qué pasa.

**4. En las últimas entregas se observa un desesperado transitar entre la distopía y el nihilismo. ¿Es una búsqueda que muda los lineamientos de una historieta convencional en donde el desarrollo temporo-espacial es más lineal por un desarrollo digamos rizomático?**

El autor se mostraría muy agradecido de semejante papel innovador. Pero ese rizoma fue un constructo narrativo necesario para explicar las distintas dimensiones en que comenzó a moverse la trama a partir del cuarto episodio. Necesario para administrar el absurdo inicial que arranca sin anestesia. Tenga en cuenta que esto comenzó caprichosamente en 2010 y en un principio todo se resolvía con la llegada de la muerte, en el tercer episodio. Pero ¿se resolvía realmente? No. Había arrojado la piedra al estanque, tenía que explorar su profundidad. Y lo hice, con paciencia y dedicación. Porque en ese espacio interior yo divisaba de todo un poco: hongos, gusanos, pero también polvo de estrellas. Entonces me dije ¿por qué habría de terminar todo así? ¿si la muerte no es el fin sino un inmenso continuará? Y decidí ir más allá, a través de una y dos y tres reencarnaciones. En el trabajo artístico, cuando se presenta la oportunidad de explorar tu propia interioridad no hay que pasar de largo. Tienes que sumergirte, escuchar, observar. No hay nada que inventar, todo está allí, como en un sueño. Luego, para exponer ese contenido, ahí sí tendrás que poner en práctica tu imaginación, tu *tékhne*, tu lenguaje, lo que más o menos constituirá un estilo.

-Texto para la exposición *Los Sofistas* junto a la artista argentina Marcela Oliva (MAC Santiago de Chile, 2017)-



### **LOS SOFISTAS (o cómo llevar a cabo un plan de acción revolucionario sin que nadie se dé cuenta).**

La idea del “sofista” viene de una mezcla del antiguo griego entre *sophía* (sabiduría) y *sophós* (sabio), es decir aquel que enseña, que tiene algo útil para transmitir. Sin embargo, el *sophón* fue con el tiempo teniendo otras derivas: podía ser tanto un sabio como un charlatán, alguien que embaucaba a los demás confundiendo y seduciendo con sus palabras. No es difícil entender por qué el sofista comenzó a ser relacionado con la política, o mejor dicho, a cierta idea de la política justamente como eso: una estafa, algo hecho por mentirosos para otros que se dejan encandilar y finalmente gobernar contra sus propios intereses.

Si uno lee *Los Sofistas* de Jorge Quien, es difícil saber hasta qué punto la verborragia gráfica de esos personajes tiene como objeto la charlatanería o la revolución. Podría pensarse que tal vez haya algo de las dos, parte de una estrategia rebuscada y hermética que, sin embargo, tiene sus razones y adquiere



un valor. En algún punto, esos sofistas han superado los límites impuestos a su autor (el papel, la tinta, la chatura de la página), hasta salirse de su existencia bidimensional para venir a alterarnos en el plano mismo de lo real. ¿Pero qué es lo real? Bien, aquí tenemos un problema que supera por mucho este breve texto, y acaso a la muestra misma. Pero tengámoslo presente.

Recuerdo haber entrado al taller de Marcela, quien fue disponiendo ante mí esos extraños objetos. Debo admitir que causaron mi asombro y perplejidad: podía ubicarlos como parte de ese mundo construido en el dibujo por Jorge, pero a su vez eran cosas. Es decir, tenían un sustrato material verificable; podían palparse, medirse, pesarse e incluso –Dios nos libre– romperse. Recuerdo haber ensayado algún tipo de idea que tenía que ver con la lógica de la traducción. Me explico: cuando se traduce una palabra siempre hay un nivel de entropía en esa operación, algo se pierde para que pueda transformarse. En cuanto más disímiles son las palabras –separadas por esa distancia llamada *cultura*–, más complejo se vuelve el asunto, mayor es el nivel de entropía. Es así como a menudo uno se encuentra con la aclaración “no existe un término concreto para traducir esta palabra o expresión”. Es la admisión de que algo se ha perdido para siempre.

Pero no creo que aquí se lleve a cabo una mera traducción de la figura chata y bidimensional al volumen y la tridimensionalidad (o lo que es decir lo mismo, del dibujo a la escultura). Tal vez el término *transposición* sea más adecuado en este caso, porque se trata de entender que esos dibujos ya implicaban de alguna manera la posibilidad de salirse de ellos –o ellos salir del plano– para convertirse en otra cosa, sin dejar de llevar su carga subversiva. Y a la inversa, ahora el contacto con esos objetos nos obliga a volver la mirada a los dibujos cambiándolos en el proceso.

He comenzado hablando de cosas, pero terminaré hablando de *dispositivos*. Esos objetos son dispositivos que Marcela ha construido siguiendo los planos provistos por Jorge, y entre ambos se han confabulado. No tengo ninguna duda de su conspiración, en la cual me he visto involucrado y ahora, al estar ustedes recorriendo la muestra, esa conspiración solo se expande. ¿Es así como empieza una revolución? No lo sé, es probable que tal cosa ya no se dé en el tiempo que nos quede vivir. Pero admitamos por un momento esa posibilidad: tenemos el croquis (las páginas), tenemos los explosivos (los objetos), tenemos a los cómplices (todos nosotros) y todo un mundo por romper (el arte). *Los Sofistas* es lo que ha sido siempre: un plan de acción.

Por supuesto, depuradas de su exageración, estas palabras son apenas un juego que se incorpora al juego mayor que es la muestra, que a su vez parte de una obra escindida entre dibujos y esculturas cuya extraña comunión recrea un mundo

fantástico, que es y no es el nuestro. Ustedes podrán preguntarse a dónde lleva toda esta charlatanería; pues bien, a ningún lado porque el traslado no es necesario: ustedes ya están exactamente donde tenían que estar. Y yo solo cumplo mi rol (como lo hacemos todos de algún modo en este momento), que consiste en distraerlos mientras pasan por la exposición transformándose. He sido elegido para ser el sofista, y es esperable que desconfíen o menosprecien mis palabras. ¡Pues perfecto, todo es parte del plan!

No crean ni por un segundo en mis palabras, ni en los dibujos de Jorge ni en los objetos de Marcela y mucho menos en esa institución llamada “arte”. Relájense, paseen y sorpréndanse a ustedes mismos observando intrigados ese mundo al que visitan asépticamente. Podrán jactarse al salir de haber pasado un agradable momento sin haber sido transformados en lo más mínimo. O al menos eso es lo que ustedes creen. Porque mientras tanto, nosotros, Los Sofistas, sonreímos satisfechos mientras el mundo se infecta un poco más, cada vez, con cada contacto. Una mecha que se incendia punto por punto, lenta pero inexorablemente hacia el estallido.

Pablo Turnes  
Buenos Aires, 2017